



LABIRINTO
colección

ENSAYO ◆

EDUARDO LOURENÇO

El laberinto de la saudade

Psicoanálisis mítico del destino portugués

Traducción y prólogo de Pablo Javier Pérez López

 Universidad de
los Andes



LABIRINTO
colección

El laberinto de la saudade
Psicoanálisis mítico del destino portugués

Publicación auspiciada por la Cátedra de Estudios Portugueses Fernando Pessoa, creada mediante un protocolo de cooperación entre el Camões - Instituto da Cooperação e da Língua y la Universidad de los Andes, con el apoyo de la Dirección General del Libro, los Archivos y las Bibliotecas de la República de Portugal



Cátedra de Estudos Portugueses
Fernando Pessoa



CAMÕES
INSTITUTO
DA COOPERAÇÃO
E DA LÍNGUA
PORTUGAL
MINISTÉRIO DOS NEGÓCIOS EXTERNAIS



Universidad de
Los Andes



REPÚBLICA
PORTUGUESA
CULTURA
DIREÇÃO-GERAL DO LIVRO, DOS ARQUIVOS E
DAS BIBLIOTECAS

El laberinto de la saudade
Psicoanálisis mítico del destino portugués

EDUARDO LOURENÇO

Traducción y prólogo:
PABLO JAVIER PÉREZ LÓPEZ

Coordinador de la colección Labirinto:
Jerónimo Pizarro

Lourenço, Eduardo, 1923-

El laberinto de la saudade: psicoanálisis mítico del destino portugués / Eduardo Lourenço; traducción y prólogo Pablo Javier Pérez López. – Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Artes y Humanidades, Departamento de Humanidades y Literatura, Ediciones Uniandes, 2018.

214 páginas; 15 x 24 cm. – (Colección Labirinto)

ISBN 978-958-774-643-3

1. Portugal – Vida intelectual – Siglo xx 2. Política y literatura – Portugal 3. Portugal – Características nacionales 4. Ensayos portugueses – Siglo xxi I. Pérez López, Pablo Javier II. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Artes y Humanidades, Departamento de Humanidades y Literatura III. Tit.

CDD 869.45

SBUA

© Eduardo Lourenço/Gradiva Publicações S.A.

Primera edición en español para Colombia,
abril del 2018

© Pablo Javier Pérez López, por la traducción al español

© Universidad de los Andes, Facultad de Artes y
Humanidades, Departamento de Humanidades y
Literatura

Ediciones Uniandes

Calle 19 n.º 3-10, oficina 1401

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: 3394949, ext. 2133

<http://ediciones.uniandes.edu.co>

infeduni@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-774-643-3

ISBN e-book: 978-958-774-644-0

Corrección de estilo: Rodrigo Díaz Losada

Diagramación interior: Leonardo Cuéllar

Diagramación de cubierta: Neftalí Vanegas

Imagen de cubierta: cortesía de la Fundação Calouste
Gulbenkian

Impresión:

Javegraf

Calle 46 n.º 82-54, interior 2,

Parque Industrial San Cayetano

Teléfono: 416 1600

Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación

Reconocimiento como Universidad:

Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964.

Reconocimiento personería jurídica:

Resolución 28 del 23 de febrero de 1949 Minjusticia.

Acreditación institucional de alta calidad, 10 años:

Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación.

Contenido

EL LABERINTO DIALOGADO

EDUARDO LOURENÇO EN PERSPECTIVA IBÉRICA • 9

Pablo Javier Pérez López

EL LABERINTO DE LA SAUDADE

PSICOANÁLISIS MÍTICO DEL DESTINO PORTUGUÉS • 25

Breve aclaración • 31

Psicoanálisis mítico del destino portugués • 37

Repensar Portugal • 79

De la literatura como interpretación de Portugal • 91

La emigración como mito y los mitos de la emigración • 127

Somos un pueblo de pobres con mentalidad de ricos • 135

La imagen teofiliana de Camões • 143

Camões en el presente • 155

Sérgio como mito cultural • 163

Psicoanálisis de Portugal • 177

ENTREVISTA • 185

CRONOLOGÍA • 203

BIBLIOGRAFÍA • 207

NOTA SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN • 211

El laberinto dialogado

Eduardo Lourenço en perspectiva ibérica

*

EDUARDO LOURENÇO es una de las figuras intelectuales más importantes del último siglo portugués y ocupa un lugar poco frecuente pero necesario, el del espíritu heterodoxo que se interroga por la identidad y por el destino de un pueblo. Su obra tiene una especificidad ineludible y penetrante. Lourenço, que puede considerarse un pensador, un filósofo de la cultura, es, ante todo, y en la concepción más profunda y primitiva de la palabra, un ensayista, aquel hombre en el que se conjugan la visión crítica y la comprensión simbólica.

Ya en su primer libro, *Heterodoxia I*, el propio Lourenço define sintomáticamente el espíritu humilde del ensayista apoyándose en el mito nórdico de la serpiente Migdar, una serpiente gigantesca que muerde en círculo su propia cola. Escribe Lourenço:

La heterodoxia es la humildad del espíritu, el simple respeto ante la divinidad inagotable de lo verdadero. Resistamos la ilusión de suponer que todo puede ser inundado de luz. Dejaríamos de ver. Rechacemos el absoluto humano de Calígula, la tentación de la unidad a toda costa, puesto que sabemos que la unidad es el pretexto del emperador loco para cortar la cabeza al pueblo romano. En el plano del conocer o en el plano del actuar, en la filosofía o en la política el hombre es una realidad dividida. El respeto por su división es la Heterodoxia. (2012: 35)

Como Pessoa, nuestro ensayista huye de —o no alcanza— la tentación de la unidad. El ensayista analiza fragmentariamente el mundo

con la convicción del perspectivismo y las limitaciones del conocimiento y con la sabiduría del descifrador de símbolos.

Ahora bien, si hay un objeto esencial por el que se interroga nuestro autor, ya desde sus primeros libros, ese es la identidad¹. Como recuerda el propio Lourenço en un segundo texto que prologa en 1967 sus textos de espíritu heterodoxo, la *heterodoxia* es ante todo crítica, lucha contra la identidad pétreo:

Aunque de manera incompleta ya nos habíamos dado cuenta hace diecisiete años que la Heterodoxia era una *realidad polémica*. Es decir, en guerra, en perpetua guerra, no solo *contra esto y aquello* como la definía Unamuno, espejo de heterodoxos, sino contra nosotros mismos como si estuviéramos imaginariamente cubiertos y al abrigo de la tentación y de las taras, reales o supuestas de la Ortodoxia. (Énfasis en el original. 2012: 199)

Y es precisamente por eso por lo que Lourenço se centra, en numerosas ocasiones —casi podríamos decir que es el fondo de la perspectiva final de casi todos sus trabajos—, en la identidad portuguesa. Ya en el prólogo de este libro que presentamos traducido se nos plantea que, frente al sempiterno problema de la identidad española, la identidad portuguesa sufre otro tipo de mal o de peculiaridad que el autor trata de identificar. Escribe Lourenço:

La realidad cultural de ciertos pueblos no constituye para ellos materia de opción dramática. [...] Pero otros pueblos viven de manera diferente su cultura. O luchan con la cultura que tienen: España es uno de los casos más típicos. No pasa un año sin que se publique en el país vecino una meditación

1 En relación con este asunto véase este texto: «Ya sea para el individuo o para el grupo o una nación, la identidad, en el sentido más obvio, es un presupuesto. En este sentido aquello que surge como problema o cuestión de “identidad” para cada una de esas realidades, individual, grupal o nacional, no se refiere a la identidad propiamente como tal sino a su modalidad, a su expresión y sobre todo, a su perturbación. Podría, pues, concluirse que, en sentido estricto, no hay nunca una cuestión de la identidad. Sería una conclusión apresurada. Es más exacto afirmar que para el individuo, el grupo o la nación, la cuestión de la identidad es permanente y se confunde con su mera existencia, que no es un nunca un mero dato, adquirido de una vez por todas, sino el acto de querer y poder permanecer conforme al ser o al proyecto de ser aquello que se es» (1994: 2).

sobre la «hispanidad» de España. Como si se tratase de un hombre en busca de alma. «Invertebrada» o irreductible, contingente o «eterna, grande y una», España parece ofrecer a cada español consciente, un pasado en «agonía», para servirnos de una palabra muy cara a D. Miguel de Unamuno. |

¿Qué sucede con nosotros? ¿Nuestro pasado cultural goza de esa especie de armonía que un presente armonioso proyecta sobre él, como en Inglaterra o Francia? ¿O como España luchamos con las imágenes contradictorias de nuestro pasado e intentamos amarrarlas a un presente dividido sobre la manera de crear su propio futuro? O mejor aún: ¿Faltos de aquella armonía e incapaces de esta agonía somos apenas un presente fragmentariamente unido al pasado y más fragmentariamente aún encaminados al futuro? (2012: 157)

«Nuestro problema nunca fue el de la identidad, sino el de su propio exceso, con el que vivimos, en suma, el de la hiperidentidad que nos advino históricamente no solo desde el surgimiento de nuestra singularidad... [...] como de nuestra experiencia colonial» (2016: 277), escribe Lourenço. Según el ensayista, la peculiaridad de la identidad portuguesa reside en cierto tipo de realidad mítica, es decir, en la comprensión mítica de la identidad que se produjo a través de la memoria heredada desde los Descubrimientos y que se extendió, incluso, hasta la imagen heredada y explotada por la ideología del régimen salazarista. «Esa euforia mítica se debe, casi exclusivamente, al papel mediador y simbólicamente mesiánico que [Portugal] desempeñó en cierto momento de la Historia occidental convertida por esa mediación, por primera vez, en Historia mundial» (1994: 11), nos dice. La experiencia de los Descubrimientos («Nos echamos al mar, literalmente, porque no sabíamos lo que hacer en tierra» (2016: 148), dice Lourenço) moldeó una comprensión de la identidad que hizo indistinguibles las palabras identidad, memoria e imagen, destejando las fronteras entre los sueños y la realidad, entre las hazañas deseadas y la narración mítica. La identidad implica el reconocimiento (pero no siempre el conocimiento), la memoria, la presencia persistente de una vivencia extática del tiempo donde el presente domina y el destino del país se impone desde el pasado («Portugal no es el Mesías, el Mesías es su propio pasado» (1994: 10), y la imagen remite al espejo, a la proyección de lo que somos en los otros, una fascinación constante y casi

enfermiza del pueblo portugués. O en palabras del propio Lourenço, algo así como: «la mórbida fijación por la contemplación y el gozo por la diferencia que nos caracteriza o nos imaginamos como tal en el contexto de los otros pueblos, nacionales y culturas» (1994: 10).

En una conferencia dictada en Brasil Lourenço señala: «Nosotros solo existimos en el espejo de los otros» (2015: 191), y es exactamente así tanto si comprendemos ese *nosotros* en un sentido general como particular. Es este el punto en común entre la identidad y la literatura y el porqué de la búsqueda de la identidad en la expresión literaria. Lourenço confirma esto claramente en una entrevista muy posterior al presente libro cuando es preguntado por la intención de este:

Lo que yo quise hacer, sobre todo, sin querer hacerlo de una manera determinada, sino que se fue haciendo necesario poco a poco, fue una especie de tentativa de comprender cómo funciona el imaginario portugués. ¿Qué es lo que somos? Somos lo que soñamos, los mitos que construimos. ¿Cuál es la mitología portuguesa? ¿Con arreglo a qué horizonte ha funcionado la cultura portuguesa? ¿Qué tiene de particular? Eso solo se comprende examinando sus vestigios, que son la poesía y la ficción. (2014: 98)

En los escritos sobre Portugal de Eduardo Lourenço siempre encontramos Portugal como un Narciso ciego que se mira en los otros para descubrirse el rostro (la imagen no es nuestra, es de Fernando Pessoa, que la usa en su *Libro del desasosiego* para referirse a él mismo). Y entre esos otros España ocupa un lugar de privilegio (también en los textos y las referencias de nuestro ensayista). Escribe Lourenço:

Ni la lengua —de la misma raíz y muy próxima— ni la religión o la religiosidad, del mismo modo idénticas, ni la sensibilidad o las costumbres, por diferentes que sean en sus semejanzas, nos separan del resto de España más que la particular versión de una aventura marítima y colonial, paralela a la de España, pero que nos dejó otra memoria, y con ella otra identidad. Importa poco saber si esta divergencia peninsular fue algo bueno o malo para los pueblos que la encarnaron. Está tallada en la Historia y es irreversible. De manera algo paradójica podríamos decir que nada nos separa de España sino nuestra propia semejanza, de diferente manera asumida y vivida. (2016: 301)

Portugal se nos presenta en la exégesis de Lourenço como una nación pequeña que, acomplejada ante el reto de la historia y del destino, creó una especie de narcisismo de la vacuidad. Dos citas de dos de sus mayores figuras literarias y que el propio autor elige como epígrafes de sus escritos, lo dirán con más claridad:

Los portugueses que todo tienen en nada.
Camões

El mito es la nada que es todo.
Fernando Pessoa, Ulisses, *Mensagem*

Lourenço, comentando este último verso, tan conocido de Pessoa, y que hace referencia a la fundación mítica de Lisboa por Ulises, escribe: «De nuestra memoria mítica, revisitada en versos célebres por Pessoa, forma parte la leyenda de Lisboa, hija de Ulises. Bajo la mentira probable la verdad profunda [...]» (1994: 146). Es precisamente esa la clave de la identidad portuguesa, según Lourenço, la identidad construida sobre la irrealidad, sobre la imagen difusa replicada insaciablemente. En ningún otro país tiene tanto sentido hablar de existencia mítica, de realidad mítica, imagen irreal convertida en laberinto perpetuo, un pasado dominante que ejerce de centro y de afueras como si el laberinto hiciese coincidir el inicio y el final en una mirada eterna de un narciso indeciso. Confusión del tiempo y del espacio. Dualidad de la realidad soñada y la vivida. Así pues, ningún pueblo tan quijotesco colectivamente como el portugués. Escribe Lourenço:

Nación pequeña, que fue mayor de lo que los dioses permitían, Portugal necesita esa especie de delirio manso, de ese sueño despierto que, a veces, se parece al de los videntes (*voyants* en el sentido de Rimbaud), y otras, a la pura inconsciencia, para estar a la altura de sí mismo. Pocos pueblos serán como el nuestro tan íntimamente quijotescos, es decir, tan indistintamente Quijote y Sancho. Cuando se soñaron sueños mayores que nosotros, incluso la parte de Sancho que nos enraíza a la realidad está siempre dispuesta a tomar los molinos por gigantes. (2016: 308)

La existencia mítica —una expresión que Lourenço usa para hablar de Pessoa—, frente a la existencia empírica, bien podría valer también para Portugal que parece buscar infatigablemente una existencia plena en sus diversas imágenes y memorias. Un elemento que comparten la exégesis de Pessoa y de la identidad portuguesa, en Lourenço, es la constatación de que apenas la vacuidad aceptada construye un ser, una realidad, la idea de que la realidad es en sí misma una ficción, una identidad erguida para evitar el vacío del rostro perdido. El mito salva de la nada y se totaliza como memoria y como imagen imparable.

La metáfora, la imagen del narciso ciego es esclarecedora. Según afirma Lourenço: «Lo difícil para cada portugués no es serlo, es comprenderse. Nunca supimos mirarnos fríamente en el espejo de la vida. La pasión nos nubla la vista. De ahí viene esa especie de oscura inocencia con la que actuamos en la historia» (2009a: 16). Y es que parece que, unamunianamente, y tal como ya dijimos, lo característico del espíritu de la heterodoxia es la lucha contra uno mismo. La agonía. En esto también parece residir algo de lo esencial de la cultura portuguesa:

Nuestro verdadero combate [...] es el combate de nuestra cultura con ella misma. La melancolía cultural auténtica nace de no vernos o de no merecer vernos. La melancolía existe, pero no puede vencerse con el espejismo de espejos ajenos. Es nuestro asunto. Cuando lo resolvamos el resto vendrá por añadidura. (2004: 118)

En definitiva, para usar de nuevo sus palabras: «Portugal es un país que nunca salió de sí mismo. Sale sin salir» (2014: 97).

Pronto en la vida del propio Lourenço, España se convierte en referente ineludible, en teatro cercano. Nacido en el distrito de Guarda, su aldea está muy cerca de España y las noticias de la Guerra Civil pronto le impactan. Uno de los heterónimos que Lourenço crea en su juventud lo dice bien: «Sea como fuere, Tristão Bernardo nos parecía a todos un ejemplo curioso del espíritu de esa generación que despertó para sí misma y para la historia en el momento de la Guerra Civil española» (2009b: 79). Otro texto presente en un diario de juventud ejemplifica bien el impacto de las primeras impresiones de esa España cainita:

Durante tres años leí las crónicas de esta guerra. Crónicas de extranjeros. No comprendían nada. Es necesario estar enraizado en la aridez de esta tierra que prolonga la mía para comprenderlo. Quien no tiene en la sangre la sequedad moral, este combate desesperado que es ya el de la propia tierra, nunca lo comprenderá. Una tierra donde los mejores combatirán hasta la muerte contra los mejores. Una tierra donde los hombres violentos tendrán un amor incomprensible por otros igualmente violentos a los que detestan. Patria de los grandes inquisidores, pues el amor a esta meseta ardiente es un amor de inquisidores. Aman el granito. Mueren sobre el granito. Y quien no es capaz de entender eso pasa por alto España. Hubo algunos extranjeros que murieron aquí. Demasiados. Y un solo «coño» gritado desde las profundidades de una raza por dos españoles que se odian, crea entre ellos una fraternidad sombría al lado de la cual la amistad por el extranjero amigo es una mera complacencia. Burgos, 2 horas de la mañana, mayo de 1939. (2009b: 29)

España permanece como el otro lado del espejo donde la interrogación por la identidad tiene y labra un sentido:

Ni España nos conoce mucho, ni nosotros conocemos España. El conocimiento de España es necesario no solo porque tiene un gran pasado cultural, sino porque es lo que está más cerca de nosotros. Es, sobre todo, una especie de espejo. Es el otro lado de la luna que forma parte de nosotros mismos, adonde vamos a descubrir posibilidades de confrontación, de contraste etc... que a primera vista no sospechábamos. Mucho nos sorprendería descubrir que muchas cosas que pensábamos que eran típicas de Portugal y otras de España, al final se nos revelan como parte de una misma matriz cultural, en el sentido lato, pero también del mismo código cultural, en un sentido más específico. Es decir, nuestras temáticas, filosóficas, la poesía, la ficción, etc., incluso ignorándonos los unos a los otros, objetivamente acaban por esbozar territorios muy próximos los unos de los otros. La Península en su totalidad constituye efectivamente una realidad aparte. Realmente no es una Francia, no es una Italia, sino que es otra cosa. Y estamos un poco separados, y en parte, debilitados por ese desconocimiento mutuo que es relativamente reciente. En las épocas en que Portugal y España desempeñaban un gran papel en el mundo, cada uno a su manera, nuestras culturas estaban más cerca la una de la otra,

muy articuladas, y aún más por las ligazones dinásticas que había entre Portugal y España. (2005: 25)

Frente a lo que pueda parecer y algunos piensan, no existe en Lourenço un iberismo de cariz exclusivamente político. De hecho, creemos que el auténtico iberismo, si lo es, es ante todo espiritual y cultural, tal como el que construyó Pessoa en su proyecto *Iberia. Introducción a un imperialismo futuro*. Lo que sí está muy presente en Lourenço es la conciencia de que interrogarse por lo portugués es interrogarse por lo ibérico, tal como dice Pessoa². Lo que está inevitablemente presente es la necesidad peninsular, es decir, la necesidad de pensar como unitaria la península. En esto Lourenço es heredero de Oliveira Martins: «No es casual que Oliveira Martins el autor de la *Historia de la Civilização Ibérica* concibiera la civilización ibérica como un todo del que nosotros formamos parte» (2005: 28). Escribe Lourenço:

La cuestión es saber si somos apenas una especie de provincia o un acompañante con tendencia a provincializarse en relación a ese centro realmente poderoso, o si, por el contrario, somos un «partenair» que, dentro de nuestra exigüidad tiene capacidad para contribuir al todo peninsular y jugar un buen papel en el conjunto peninsular. Lo que me parece que sería el caso, que es el caso. (2005: 27)

Esta comprensión de España y Portugal dentro de la unidad civilizacional de lo ibérico —recordemos estas palabras de Almada Negreiros: «La dualidad Portugal-España es, en fin, el secreto de la vitalidad de la península ibérica y de su civilización. Portugal y España son dos opuestos y no dos rivales. Los opuestos son complementos iguales de un todo. Este todo está representado geográficamente por la península ibérica y en espíritu por la civilización ibérica» (1992: 65)— permite una exégesis cultural muy interesante que Lourenço no deja de lado o que al menos propicia con sus comentarios y referencias siempre muy

2 «Para determinar con precisión cuál es la cultura portuguesa tenemos que determinar cuál es la cultura característica del grupo ibérico, del cual somos un ramo especial [...]» (2012: 128).

suggerentes. Rescatemos, por ejemplo, tres asuntos: *quijotismo*, *historia* y *saudade*.

Lourenço defiende, como vimos, que el quijotismo portugués, frente al español, individual, es un quijotismo colectivo. Escribe:

Es un quijotismo diferente. Portugal es quijotesco colectivamente. Nuestros héroes que pasaron a la Historia, por ejemplo, Afonso de Albuquerque, era un funcionario del rey. Si el rey tiene la idea de decir que no está contento, aquí a millares de kilómetros de distancia, él muere de tristeza. Eso es singularmente portugués. (2005: 35)

En relación con la historia, el fatalismo portugués, el sufrir la historia como destino, la pasividad ante la historia contrasta con España, que fue, como dijo Cioran, «el primer gran país en salir de la Historia»³. Que acepta activamente su decadencia y la incorpora a su problema identitario sin rastro de fatalismo. En este sentido, Lourenço escribe:

En sus grandes individuos, que lo son sin serlo, a la manera europea, el pueblo español es uno de los raros pueblos de la tierra, si no el único —que es sujeto de su propia Historia. Este trazo cultural, que nadie ejemplificó y «teorizó» mejor que Unamuno, no desapareció de la escena española. (2006: 60)

Por último, si vemos la nostalgia (*saudade*) en esta doble perspectiva ibérica resulta esclarecedor este apunte:

La nostalgia dramática de Jorge Manrique es la de un mundo real, muerto, pero más vivo aún en la memoria poética donde resucita. La nuestra es una nostalgia de nada, de lo que podría, debía haber sido, que un día encontrarán en Pessoa y Pascoaes su forma pensada y si fuese posible, perfecta. (2005: 98)

3 «Siempre me ha fascinado el desmesurado sueño histórico de los españoles, un sueño fantástico que acabó en derrota. Todo el frenesí de la conquista se vino abajo. España fue el primer gran país que salió de la historia, prefiguración grandiosa de lo que es Europa ahora. Curiosamente, ese fracaso ha hecho posible que la lengua española sea en estos momentos universal» (2010: 94).

Con Unamuno, que es considerado por Lourenço uno de sus interlocutores principales y más valiosos, nuestro autor mantiene, sin embargo, una disputa, pues considera que no es posible considerar España en un sentido trágico. Una categoría en la que operan los dos autores, aunque desde diferentes perspectivas: Escribe Lourenço: «En este sentido —y contrariamente a la lectura apresurada que suele hacerse de la famosa obra de Unamuno— España no fue nunca, y no podía serlo, fundamentalmente trágica, puesto que, nunca sus manifestaciones tuvieron un inequívoco sentido negativo» (2005: 117).

Ahora bien, cabría decir que lo trágico, tal como nos mostró el irracionalismo alemán del siglo XIX, tiene dos rostros complementarios, uno afirmador y otro negador, uno nietzscheano y otro schopenhaueriano, que se amoldan muy bien a esa complementariedad de la civilización ibérica antes señalada. Bien podría considerarse, en esa complementariedad ibérica, a Portugal en la versión negadora y a España en la afirmadora, en la doble confirmación de la conciencia de la limitación humana y del diálogo paradójico entre realidad y deseo, voluntad e historia, razón y vida.

Curiosamente, además, cuando Lourenço se interroga por la identidad portuguesa en el contexto de Europa, propone una dicotomía entre la razón cartesiana y la razón barroca (es particularmente importante en este sentido el libro *Nosotros y Europa o las dos razones*) que podría ayudarnos a comprender no solo la importancia del pensamiento ibérico (y la imposibilidad de la sistematización filosófica ibérica), sino también la razón de la crisis de identidad europea entre los pueblos ibéricos. Escribe Lourenço: «Europa es al mismo tiempo el modelo a imitar y nuestra desesperación por la distancia que nos separa de ella» (1994: 19). Lourenço defiende que, «durante los últimos tres siglos, la historia de la cultura peninsular fue la de la resistencia —pasiva o institucional— a la pulsión más dinámica de la cultura europea como cultura racionalista-ilustrada» (1994: 57). Según Lourenço, fue Gracián quien puso encima de la mesa una comprensión barroca de la razón que podría ayudar a comprender de manera más unitaria esta dualidad europea de la razón, o si se quiere esta «lucha entre dos maneras de ser Europa» (1994: 52). Nos dice Lourenço:

Para Gracián, la unidad de sentido donde lo no-sentido de las apariencias, su fantasmagoría —en particular la acción próxima de los hombres, su teatro de sombras—, se configura, es la metáfora. La esencia de lo real es metafórica. [...] Por ello no es extravagante ver en la obra y en el pensamiento de Gracián el eje que faltaba para religar entre sí dos expresiones de la cultura europea —la transpirenaica y la ibérica— que habitualmente se comprenden desde perspectivas diferentes. (1994: 63)

Esta razón barroca —la cual ejemplifica Gracián— que hasta podríamos llamar *razón poética*, para recordar a María Zambrano, a fin de recalcar la comprensión de la esencia de lo real como esencialmente metafórica, está íntimamente inscrita en lo ibérico (tal vez por el exceso imaginador, herencia árabe). Calderón lo expresó de una manera clara, que, según Lourenço, nadie recibió con tanta naturalidad como Portugal:

Fue un español de genio, Calderón, el que encontró la fórmula clave de nuestra edad barroca peninsular, la vida como sueño, pero no creo que ningún otro país de Occidente la haya asimilado con mayor naturalidad que Portugal. Entre nosotros, la realidad no va por un camino y el sueño por otro, como en la práctica más realista de D. Quijote. Las dos se confunden en una especie de estado de inocencia y esta manera de ser se reforzó, sobre todo en los siglos en que fuimos simultáneamente una civilización de pueblo pobre en brazos de las realidades más inmediatas y duras de la vida, y una cultura casi, en los límites de lo quimérico. (1994: 153)

Esta racionalidad poética o barroca —que Lourenço en ocasiones llama «razón oscilante» (2012: 375)—, donde sentir y pensar no se pueden separar, donde imaginación, ensoñación y pensamiento se hacen indistinguibles —tal como en la prisión de la sala del trono del Segismundo calderoniano—, ha propiciado la existencia de toda una tradición ibérica de pensadores-poetas a la que Lourenço no es ajeno, puesto que su desvinculación de la filosofía estrictamente académica y su ensayismo trágico no reniegan de una comprensión simbólica y mítica de la cultura. En la perspectiva de la razón poética, la distinción entre filosofía y poesía es manifiestamente precaria y significativa. Escribe Lourenço:

[...] es un excelente y prometedor síntoma verificar cómo los casos de Antero, de Pessoa y de Pascoaes impusieron a hombres de formación diferente [entre ellos al propio Lourenço], la misma necesidad de profundizar una forma de expresión para la cual la distinción que antaño era nítida, entre filosofía y poesía, es manifiestamente precaria. (2012: 191)

Ya sea en España o en Portugal, el diagnóstico de la decadencia del pensamiento no muestra suficientemente nuestra mutua carencia o nulidad filosófica, sino que desvela, sobre todo, la carencia científica, en sentido propio, el hecho de que Portugal y España no hayan contribuido, en ese campo, en los términos llamados modernos, con una sola idea original, una invención decisiva para la marcha o el progreso humano. Pero de manera subyacente a este diagnóstico también existe una falta de originalidad filosófica de lo peninsular o su incapacidad más radical para el ejercicio de una reflexión sistemática, orgánica y profunda y vasta. Sería necesario una vasta antología para hacer visible y sensible el sin número de declaraciones que a partir de la Generación del 70 en Portugal y del 98 en España componen el panorama de eso que Unamuno llamaba nuestra pobreza mental y Pessoa nuestra incapacidad para tener ideas generales, Antero, Oliveira Martins, Eça, entre los portugueses, Unamuno, Azorín, Baroja, entre los españoles, hicieron explícito, cada uno a su manera, lo que podría describirse como la patología del pensamiento ibérico, su patente y para algunos visceral pobreza reflexiva o como dice Azorín «horror a la meditación [...] Por eso un día Unamuno designará su proyecto filosófico concebido por él como anti-filosofía, haciendo resonar, quizá, la celebrada caracterización del poetizar de Antero, por Oliveira Martins, un pensamiento que siente, un sentimiento que piensa. Y Ortega en sus años jóvenes creía que estaba reservada a la mente ibérica tan áspera en las lides de la filosofía pura «unir las dos hermanas enemigas: la pasión de la filosofía, la sensación y la idea» [...] (2012: 400)

El propio Ortega, apunta Lourenço, llegó a afirmar que solo hay dos tipos de hombres, «los poetas y los otros». En ese caso, si aceptamos el famoso subtítulo del famoso libro de Unamuno y pensamos esta afirmación «en los hombres y en los pueblos», podríamos pensar en los pueblos ibéricos como un pueblo de poetas en el que la filosofía y las ideas están en las obras literarias. No es casual, por tanto, que Lourenço

indague la identidad portuguesa analizando las obras de ficción.

Si aceptamos esta existencia poética o mítica, donde realidad y ensoñación, imagen y memoria se entretejen, será más fácil comprender de la mano de Lourenço la paradójica despersonalización portuguesa o, si se quiere, esa hiperidentidad vacía o narcisista. Escribe Lourenço:

Fernando Pessoa, que nos veía al mismo tiempo desde dentro y desde fuera y que proyectaba sobre Portugal su propio mito de la «despersonalización» atribuyó a los portugueses, como característica, si se puede llamar así, una especie de sublime vocación de no-identidad. Dispuestos a ser todo y todos, no seríamos nadie, no tendríamos en el fondo, nosotros que nos imaginábamos tan «particulares», auténtica personalidad. «Un portugués que es solo portugués no es portugués». (1994: 14)

Si recordamos la famosa carta de Keats, donde se reclama que el poeta no tiene identidad, quizá podamos comprender mejor esta existencia, esta identidad poética de Portugal, esta despersonalización paradójica en la cual la imagen se busca obsesivamente en el otro, del mismo modo que Lourenço la busca en este libro, en las imágenes que los poetas instauran, tejen o dejan entrever. Una búsqueda perenne que tal vez se constituya en sí misma como identidad polémica en un laberinto perpetuamente dialogado.

PABLO JAVIER PÉREZ LÓPEZ
Lisboa, 25 de junio del 2017.